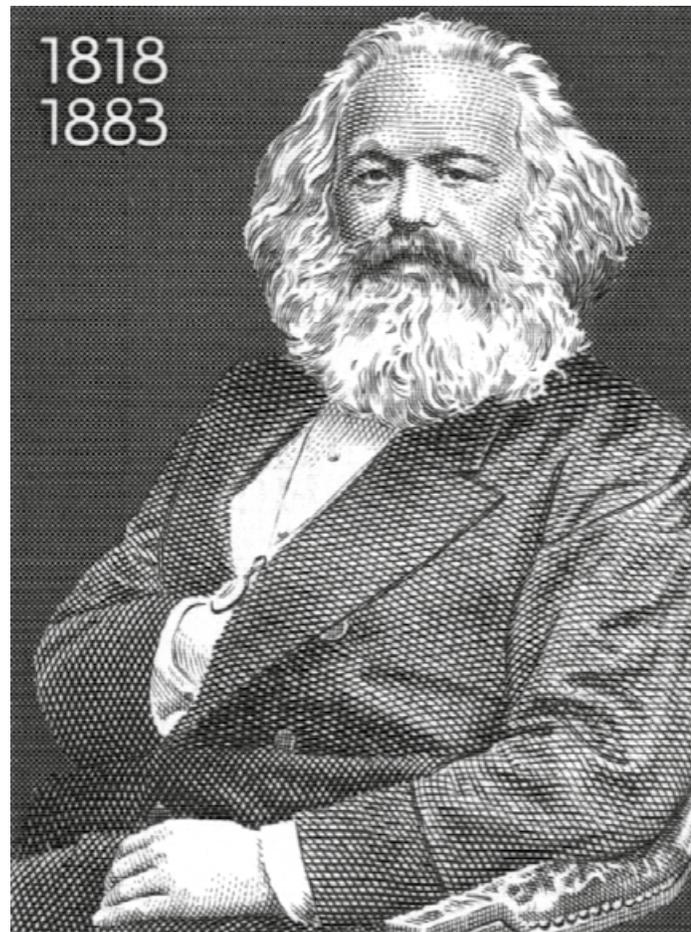


Marx, a dos siglos

SERGIO ESPINOSA PROA*

I
¿En qué sentido —y hasta dónde— se puede seguir siendo marxista hoy en día? Voy a responder rápido: se puede (y acaso debe) ser marxista evitando hacer de ello una profesión de fe. Se dice fácil, pero en absoluto lo es. No es fácil con ningún filósofo, pero con Marx es particularmente arduo porque su pensamiento representa realmente un tope o una cima del impulso ilustrado: no sigan a nadie excepto a sí mismos. En consecuencia, declararse «marxista» contradice el ideal ético-epistémico del propio Marx. Voluntaria o involuntariamente, seguimos, sin embargo, pensando y trabajando con algunas de sus ideas y orientaciones. Lo mejor sería empezar por saber con cuáles; tal vez no lo estemos haciendo con las menos envejecidas. A mi juicio, la actualidad de Marx no se cifra en su filosofía (hegeliana de un cabo al otro), ni en su análisis metódico del funcionamiento del capital (porque corresponde a un tramo histórico muy determinado y localizado), y ni siquiera en sus lineamientos de política revolucionaria (siempre a ras de las coyunturas específicas), sino en la afirmación de una voluntad universal de ruptura con las estructuras económicas, políticas e ideológicas en cierto momento imperantes. Podemos (tal vez debemos) tomar distancia de la teoría y de la práctica empleadas para garantizar

*Docente investigador, Unidad Académica de Docencia Superior, Universidad Autónoma de Zacatecas



o ahondar esa ruptura, pero la necesidad de ella tiende a mantenerse en el horizonte: entonces y ahora. No sin ironía, la vigencia de Marx reside —me atreveré a afirmarlo— en su (soterrado) anarquismo: en su combate, dicho con más rigor, a la forma Estado. Al parecer, de la teoría de Marx no queda mucho, y de la experiencia práctica de los regímenes constituidos en su nombre menos, pero esta voluntad de ruptura con la forma Estado —que es la dominante— lo es todo, lo sigue siendo. El triunfo del capital es la mayor prueba de la exigencia de oponérsele desde todos los flancos y echando mano de todas las herramientas (teóricas y prácticas, materiales e ideales) posibles. Ahora bien, ¿habría una razón para hacerlo? Justificarla éticamente ¿no equivale a traicionarla, a poner toda presunta resistencia y voluntad de ruptura al servicio

de la forma Estado? El problema es complicado porque precisamente no estamos en condición de aplicar esquemas o categorías fabricados y perfeccionados en el siglo XIX. Ni la lógica del Espíritu Absoluto, que progresa espontánea e indefectiblemente, ni la historia de la ciencia, que natural y victoriosamente se enfrenta a la superstición. ¿En qué o en quién se encarna —nunca mejor dicho— esta voluntad de ruptura? ¿En los artistas? ¿Serán ellos el sujeto revolucionario tras dos siglos de derrotas mundiales de las clases subalternas? Aquí, la obvia amenaza, la fundamental, es la rehabilitación de la teología. El sujeto, o, mejor, la idea de un sujeto consciente, responsable y comprometido con la transformación social mantiene una deuda evidente con la noción —rabínica— del pueblo elegido. Es a tal respecto que la posición de filósofos «de izquierdas» o «comunistas» como Alain Badiou o Slavoj Žižek me resulta insuperable e insoportablemente ambigua: contra el relativismo posmoderno, escenifican un retorno al absolutismo, en una suerte de subteología remozada y puesta al día. Es ambiguo porque la ruptura de la forma Estado depende y no depende de la voluntad subjetiva. Es algo que meramente ocurre, pero hay que desear y buscar esa rotura. El individuo está naturalmente en la sociedad —en su sociedad— como el agua en el agua, pero puede (o debe) salir de ella y articularse bajo la modalidad de un sujeto colectivo y transhistórico; el singular concreto (animal, natural) ha de advenir sujeto (humano, cultural). ¿Por qué? ¿Qué necesidad habría de ello? La argumentación de Badiou resulta bastante floja: me conmueven las tragedias griegas, me tocó el 68, domino las matemáticas y una vez me enamoré... El animal se hace hombre tocando lo universal. Pero insistamos: ¿por qué lo haría? Ni por razones teórico-prácticas ni por exigencias políticas: el sujeto es aquel individuo que, por milagro, «experimenta el sentimiento profundo de su igualdad.»¹ Estamos ante una conversión en el sentido plenamente religioso del término (no por nada Badiou le dedicó un libro a san Pablo). La forma Estado se disuelve por moti-

¹ Alain Badiou, *La filosofía frente al comunismo. De Sartre a hoy*, México, Siglo XXI, 2016, p. 64.

vos religiosos: ¡gracias a Dios! Bien entendido que «Dios» es para un filósofo comunista lo Absoluto Universal, lo infinitamente real. Y estar en su presencia sólo puede provocar el mayor entusiasmo. Es decir que al anticuado marxismo decimonónico tal vez sólo le haga falta un pequeño toque hare-krishna para poder actualizarse a cabalidad. Bromas aparte, mi comentario apunta a mostrar el talante religioso —voluntario o no— de este retorno a Marx y de esta defensa reciente de la idea de comunismo. Por otra parte, Badiou se remite a la justificación que del proletariado hace Marx como sujeto revolucionario: lo hará todo porque está reducido a la nada. El verdadero nihilismo es, pues, el de una humanidad despojada de cualidades, propiedades, atributos, características. El proletariado no tiene intereses particulares, por ello es revolucionario. Por lo mismo, no tendría que ser aleccionado, adoctrinado, educado, ni siquiera despertado. Dado que es una nada, nada lo ata a nada, y en especial nada lo sujeta al presente: su ser está enteramente en el futuro (en el no ser). El proletariado posee una existencia literalmente utópica; todo decae si alguien se arroga el poder de hablar en su nombre, llámese partido o sistema de partidos, llámese Lenin o Trotsky o Stalin, llámese destino manifiesto o lógica de la Historia... Pero eso no cambia el hecho de que el sujeto de la revolución, en Marx, tiene una existencia puramente negativa. ¿Es mucho especular, ante esta idea, que para Marx, su gran teórico, la revolución es imposible, impracticable, inverificable? Peor aún: ¿injustificable?

II

A mí, en principio, el marxismo me sedujo —en plena adolescencia— por su espíritu jacobino; de pronto, o poco a poco, todos fueron resultando medio curitas. En realidad no tengo nada contra las iglesias —con tal de que me dejen en paz. Me gusta tener amigos, pero el espíritu de secta me es completamente ajeno. Ni fui católico, que es lo que quizá la escuela esperaba de mí, ni espiritista (magnético), como mi abuelo paterno, ni americanista e irregularmente bohemio, como mi padre (es broma); tampoco, gracias a mis sapos,

científico. Ni siquiera, en caridad del cielo, y esto por culpa de algunas tarántulas (literal y figuradamente hablando), antropólogo: preferí siempre, sin saber muy bien por qué, la soledad filosófica y su errático deambular. Leyendo, a fin de amañar este comentario, a Alain Badiou, por quien honradamente no profeso simpatía alguna, me topo con una idea por fin interesante: lo único que rompe la forma Estado es la experiencia de una excepción inmanente. ¿Eso qué es? No está muy claro; pero viene a ser aquello que toda representación aniquila. Después de muchas vueltas, Badiou lo confiesa: la excepción inmanente es una forma laica de un dogma cristiano —la idea de resurrección.² Y también del tema místico del hinduismo: el despertar. Conversión, resurrección, despertar místico: ¿qué tiene esto que ver con la Ilustración? Nada, o muy poco, pero Marx no es el marxismo. Su vigencia —y su honestidad intelectual— consiste en precisamente no ser marxista; eso lo sabemos desde él mismo. ¿Cómo, sin tartufería, serle fiel a un espíritu ilustrado? ¿Siéndole infiel? Acaso despojándolo de sus adherencias, de su séquito. Y, sobre todo, de quienes hablan en su nombre. Forman legión. Son la cofradía de la Vela Perpetua, y eso por una simple y sencilla razón: no lo leen. O lo leen filtrado y alicaído por manuales y catecismos. Están, por otro lado, los marxólogos, igualmente desesperantes: el maestro les ahorra —con cierta elegancia— la exigencia de pensar. Al parecer, ya estamos lejos de ambos extremos. La pregunta por su perdurabilidad involucra preguntas más serias: ni siquiera tendrían que ver con su doctrina. ¿En qué sentido y hasta qué punto Marx es filósofo? Lo es cuando inventa y ensaya conceptos; lo es hasta que se cansa o se fastidia. Ustedes dirán. A partir de Nicolás de Cusa, todos los modernos proponen algo nuevo, algo interesante, algo estimulante; trabajan un poco desde cero. Por eso vuelve uno a ellos; no es nunca cuestión de lealtad. ¡Todos están bien finados! La arenga de Sartre suena desfasada: quien intente refutar a Marx caerá detrás de él. ¿Qué clase de oscurantismo es ese? La frase de Jean Lacroix es más matizada: Marx

² *Ibid.*, p. 86.

podrá ser refutado, pero aun así seguirá viviendo en el corazón de «millones de seres», en la conciencia de la masa...³ («¿Exceso o insuficiencia de humanismo?»). Lo cual, en buen plan, espanta un poco. Porque, según los marxistas, la masa es profunda y naturalmente humanista: afán de sentido moral, conciencia del objetivo, afán de libertad, autoactividad, autoexpresión... Todos, si nos fijamos bien, sean o no imputables a la masa, ideales burgueses. Qué contrariedad: según los intérpretes, la doctrina de Marx es la única en asegurar el acceso al hombre... burgués. ¡El mundo vuelve a estar patas arriba! No: Marx es filósofo por sus vacilaciones, por sus suspicacias, por sus titubeos, por su voluntad autocrítica: pensar es volver a pensar, y hacerlo sin subterfugios. Eso es lo perdurable, y no sus ideas, que son, mal que a todos nos pese, demasiado humanas. Es, al menos, el resultado de muchas lecturas, entre ellas la de Kostas Axelos, que desde un ángulo heideggeriano considera que la idea reguladora de Marx es de orden metafísico: realizarla práctica y técnicamente, llegando a la reconciliación con la naturaleza en un estado cuasi-edénico, es decir, transparente, abundante y feliz... gracias a la técnica. «Ésta (re) conciliación significa: conquista del mundo por y para el hombre, despliegue ilimitado de las fuerzas de la técnica».⁴ Otra vez: mentalidad burguesa. Nos queda, pues, el impulso, no el sistema. Nos queda, digámoslo bien, el deseo. No la carta a los Reyes Magos, sino su caligrafía. ✍

³ Varios autores, «¿Exceso o insuficiencia de humanismo?», de Jean Lacroix en *Marxismo y humanismo*, Barcelona, Martínez Roca, 1975, p. 12.

⁴ Kostas Axelos, *Marx, pensador de la técnica*, Barcelona, Fontanella, 1969, p. 8.